

El perro Pepe

En las huacas del Sol y la Luna, un joven camina alegremente comiendo una galleta. Me da mucho gusto verlo. Se le ve contento. Está muy interesado en la explicación del guía sobre la grandeza de los moches. Los antiguos pobladores de esta parte del Perú tuvieron un alto conocimiento sobre irrigación y agricultura; por eso, conquistaron los desiertos costeros, fueron talentosos en la confección de murales y en la elaboración de huacos.

El joven pregunta por qué tantas rampas en la huaca. El guía le responde que, ante la falta de escaleras, los moches utilizaron esas pendientes para subir los pisos de sus construcciones. El joven levanta las cejas con asombro y sigue comiendo su galleta. De pronto, algo de este muchacho me molesta. Tan educado parecía. Qué decepción. No podía creer lo que estaba viendo. Me refregaba los ojos para intentar borrar lo que tenía al frente. ¡El joven había botado al suelo el empaque de la galleta que estaba comiendo! Mi boca se llenó de baba y empecé a ladrar. ¡Ah! Disculpe, disculpe... no me presenté: soy Pepe, el perro guardián de las huacas de Trujillo.

Me alegra mucho recibir la visita de turistas, me emociona que conozcan la grandeza de nuestros antepasados, su sabiduría para construir estas majestuosas huacas, su fortaleza para conquistar grandes territorios, su amor por el arte y su conocimiento de técnicas agrícolas que hasta la actualidad siguen vigentes. Pero hay cosas que me molestan. Una de ellas es que algunas personas no cuidan lo nuestro. Por eso, cuando vi a ese joven tirar el empaque de la galleta, ladré fuerte, muy fuerte, para que me escucharan todos en el valle.

Estoy a unos cinco metros de distancia. El paseo se interrumpe. La gente se asusta. El guía, que es mi amigo, pide a todos que se tranquilicen.

—¡Nadie se mueva, por favor! ¡Pepe es amigo de todos! —dice.

Los turistas obedecen. Camino con ligereza hasta ubicarme frente al joven. Ya no tengo por qué ladrar. Me siento en dos patas y le muestro la cara más triste que puedo poner. Dicen que cuando

hago esto me parezco al gato con botas de la película Shrek. No me gusta esa comparación, pero sé que funciona para convencer a los humanos. El guía le cuenta al joven que así me pongo con todos los turistas que tiran basura al suelo.

El joven, avergonzado, recoge lo que ha botado y lo lleva hasta un tacho de color blanco. Corro hacia él y sobo mi lomo en una de sus piernas. Él acaricia mi cabeza y siento su agradecimiento sincero. Sus familiares, que lo acompañan en el paseo, aplauden. El guía me guiña el ojo y yo le ladró de felicidad para que todo el valle me escuche.



Pero no solo vigilo las huacas del Sol y la Luna, también lo hago en la zona arqueológica de Chan Chan, la huaca Arco Iris —también conocida como huaca del Dragón— y La Esmeralda. En esta última, ubicada en medio de la ciudad, recibí la visita de una delegación del colegio La Asunción. Desde que llegó el grupo supe que algo iba a suceder porque esos niños son muy inquietos. Entonces, estuve más alerta que nunca. Seguí de cerca a esos muchachos llenos de entusiasmo, de vida y de alegría. Me gustaba escucharlos reír y preguntar cosas tan inocentes: “¿Cómo era el baño donde hacían popó los chimús?, ¿dónde se cortaban el pelo?, ¿a qué escuela iban?, ¿cómo era su profesora?



Algunos de ellos se asustaban al verme, otros se acercaban y tocaban mi piel caliente. Es que soy un perro sin pelo del Perú. Perro calato o viringo, me dicen algunos. Mis antepasados han caminado por estos lugares desde tiempos remotos y siempre han protegido las huacas que el hombre construyó para vivir y para adorar a sus dioses. Yo sigo esa herencia con mucho orgullo.

De pronto, algo sucedió:

—¿¿Dónde está Mateo?! ¿¿Dónde está Mateo?! —gritó una profesora.

Todos miraron a su alrededor en busca de Mateo. Nadie lo encontraba.

—Estaba conmigo aquí —dijo Sebastián

—Yo lo vi en la esquina —comentó Rebeca.

—Se fue con una señora. Pensé que era la profesora —confesó, casi llorando, Juan Carlos, el mejor amigo de Mateo.

Ladré, ladré muy fuerte para que me escucharan todos en la ciudad. Empecé a recorrer por todos los pasillos en busca de Mateo. Subí a la parte alta por unas escalinatas que solo yo conozco. Entonces vi un taxi, con dos personas dentro, estacionado sospechosamente en la puerta de la huaca. Los perros tenemos el poder de sentir si son buenas o malas las personas. Ladré más fuerte y bajé de inmediato hacia la puerta. Seguí ladrando.

Cuando llegué, vi a Mateo que caminaba con una mujer que cubría su rostro con una gorra y unos lentes gigantes. ¡Ladré!

—Sal de acá, perro —gritó la mujer y de inmediato intentó golpearme con su cartera.

Vi que Mateo lloraba. Me dio más cólera y atacué en la pierna a la mujer, quien gritó una lisura, corrió y, a duras penas, subió al taxi. En ese instante apareció el guía con la profesora y abrazaron a Mateo.

Minutos después todo era alegría. Ahora todos los niños me tocan el lomo con mucho cariño. La guía les contó del compromiso que

yo, el perro Pepe, cumplo en las huacas de Trujillo. Además, les habló de la importancia de alejarse de las personas extrañas, de no obedecerles ni seguirlas.

—¡Gracias, Pepito! —me dijo Mateo abrazándome del cuello. Yo ladré, ladré muy fuerte para que todos en la ciudad escucharan mi alegría.

Me siento orgulloso de ser un perro sin pelo del Perú. Soy patrimonio de la nación, ¡Qué se creen! Ese reconocimiento me motivó más para seguir cumpliendo mi labor de cuidar las huacas y a los turistas. Algunas personas se asustan por mi apariencia; pero otros me buscan porque tengo poderes curativos. Como no tengo pelo, soy muy caliente y puedo sanar enfermedades. Para mí, no tener pelo es una gran ventaja: no se me sube ni una garrapata ni una pulga.

En eso estaba pensando camino a Chan Chan, Patrimonio Cultural de la Humanidad, cuando descubro que unas personas, de una camioneta, botaban desechos de construcción en una zona prohibida. ¡Eso no se debe hacer! La boca se me llenó de saliva y ladré fuerte, muy fuerte para que todos me escucharan. Corrí hacia ellos. Me esperaron con piedras. Una me golpeó la panza y otra, la pierna. Antes que dolor sentí más rabia. Seguí ladrando, tratando de acercarme a ellos, pero sus piedras me alejaban. Terminaron de botar todo lo que habían traído y se fueron. Empecé a seguirlos. No se iban a salir con la suya.

Después de unos quince minutos apareció, en su motocicleta, mi amigo el suboficial Vergara, de la Policía de Turismo. Al verme que seguía a esa camioneta, supo que algo malo habían hecho esas personas. De inmediato, los detuvo. Revisó el vehículo y descubrió todo. Entonces, les exigió que regresaran al lugar y recogieran todos sus desechos. Igual les puso una papeleta y les llamó la atención por haberme tirado piedras. Por cierto, el dolor se me fue. Los hombres me miraban furiosos. Uno de ellos, no sé si en tono de burla o de halago, dijo:

—Bien inteligente ese perro.

El suboficial Vergara les hizo saber que no era la primera vez que yo descubría malas personas botando desmonte en nuestros complejos arqueológicos.

—Él es nuestro guardián — les dijo y me sobó la cabeza.

Yo ladré, ladré de orgullo para que todos escucharan el compromiso que, como el guardián de las huacas de Trujillo, cumpliré hasta dar mi último ladrido.

